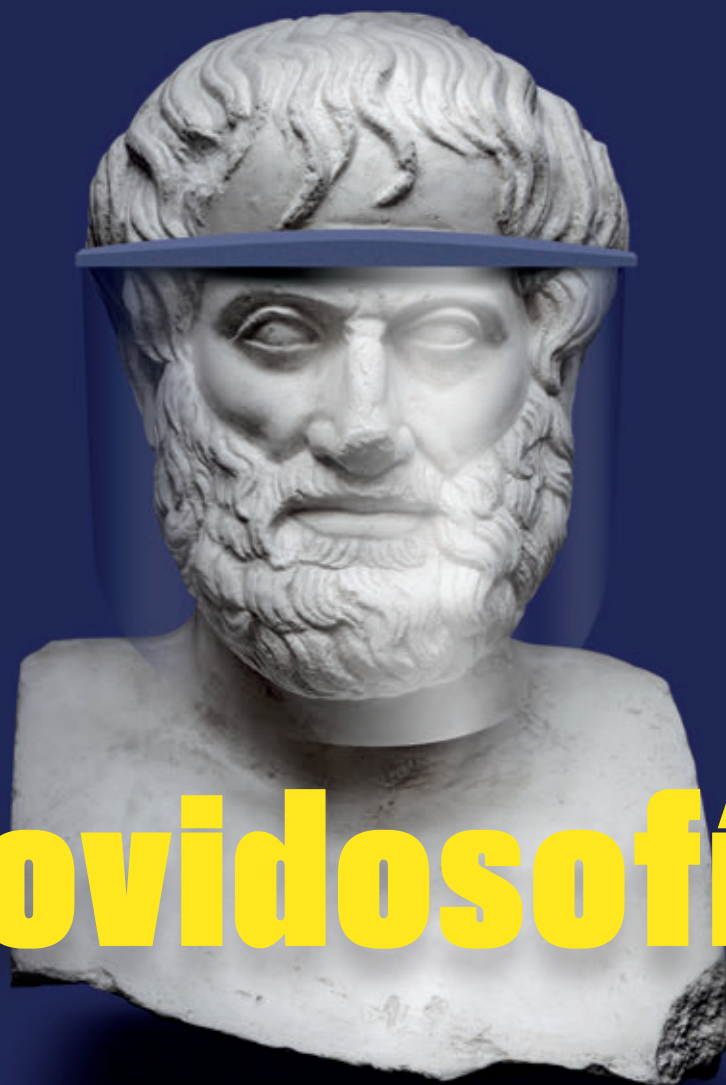


Dulcinea Tomás Cámara
(comp.)



Covidosofía

*Reflexiones filosóficas
para el mundo pospandemia*

PAIDÓS

Dulcinea Tomás Cámara

(comp.)

Covidosofía

Reflexiones filosóficas
para el mundo pospandemia

PAIDÓS Contemporánea

1.ª edición, noviembre de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Dulcinea Tomás Cámara (comp.), 2020
Corrección de estilo a cargo de Teresa Lozano
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2020
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3754-3
Fotocomposición: Pleca Digital, S. L. U.
Depósito legal: B. 14.827-2020
Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Edmon de Haro

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España — *Printed in Spain*

Con el apoyo de:



Sumario

Prólogo. Detrás de la escena: los signos del cambio de época	I
<i>Walter D. Mignolo</i>	
Introducción a la nueva edición	XXI
Introducción	17
<i>Dulcinea Tomás Cámara</i>	
Bibliografía de emergencia: brevísima guía de lectura sobre pensamiento y pandemia	28

PRIMERA PARTE

OTRO(S) MUNDO(S)

1. Virus y mariposas	35
<i>Fernando Broncano</i>	
2. Confinamiento en el Sur o el asombro del colibrí	49
<i>Cristian Andino</i>	
3. Cuando ruge la marabunta	65
<i>Concha Roldán</i>	

4. ¿Un relevante cambio social acicateado por un sinfín de microrrevoluciones personales? 80
Roberto R. Aramayo
5. Cuando todas las diferencias están *aquí*.
La Pandemia y la epistemología nacionalista 103
Antonio Miguel Nogués

SEGUNDA PARTE
CONTAGIO

6. ¿Esto nos está pasando realmente? 125
Santiago Alba Rico
7. Tres reflexiones límite 135
Jaime Santamaría
8. Un mundo enfermo 153
Joaquín Fortanet
9. Reacción, catástrofe, acontecimiento 173
Alejandro Escudero Pérez
10. Pensar la pandemia 188
Antonio Campillo

TERCERA PARTE
COMPAÑÍA

11. Sobre la ¿indigna? privacidad del consuelo 209
José Carlos Ruiz Sánchez

12. ¿Qué puede el acompañar? Comunidades y coronavirus	227
<i>Ana María Martínez de la Escalera</i>	
13. El aplauso sanitario	248
<i>Ernesto Castro</i>	
14. <i>Eulabeia</i>	270
<i>Jordi Claramonte</i>	

CUARTA PARTE
FRACTURAS

15. Sobrevivir: investigaciones de una perra	289
<i>Laura Llevadot</i>	
16. <i>Ceci n'est pas une guerre</i> . Alternativas al uso de la metáfora bélica	307
<i>Nantu Arroyo</i>	
17. <i>Perdere aude</i> . Una apología del cuerpo mortal	327
<i>Diego S. Garrocho Salcedo</i>	
18. No saber	345
<i>David Casacuberta</i>	
19. Pandemia, Capitalismo e Ideología	358
<i>Ricardo Espinoza Lolas</i>	

QUINTA PARTE
FUTURO

20. Humanizar la tecnología: ciencias y humanidades frente a la pandemia	377
<i>Ana Carrasco-Conde</i>	
21. Mientras dura la catástrofe. Notas para un escepticismo constructivo	391
<i>Gonzalo Velasco</i>	
22. Alternativa: o «común-ismo republicano» o tanatopolítica	406
<i>José Antonio Pérez Tapias</i>	
23. Patologías epistémicas: reflexiones sobre el daño social provocado por la crisis pandémica de la COVID-19	428
<i>Nuria Sánchez Madrid</i>	
24. Desafíos filosóficos a partir de COVID-19-2020	448
<i>Javier Echeverría</i>	
Agradecimientos	469
Referencias y propuesta de ulteriores lecturas	473
Índice onomástico y de materias	489

Escolio 1

Virus y mariposas

FERNANDO BRONCANO*

Reescribo estas líneas en la cuarta semana de encierro, cuando la pandemia ha inundado heterogéneamente el planeta, paradójicamente homogeneizando el miedo, las reacciones asociadas de indignación de la gente y las medidas de aislamiento social impuestas por los Estados. La

* **Fernando Broncano** (Madrid, 1956) es catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en el Departamento de Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid. Entre sus campos de interés están la epistemología social, la filosofía de la técnica y de la cultura. Entre sus muchos escritos, ha publicado las obras *La melancolía del ciborg* (Barcelona, Herder, 2009), *La estrategia del simbionte* (Sevilla, Delirio, 2012), *Sujetos en la niebla* (Barcelona, Herder, 2013), *Russell, conocimiento y felicidad* (Barcelona, Emse Edapp, 2015), *Racionalidad, acción y opacidad: sujetos vulnerables en tierras libres* (Buenos Aires, Eudeba, 2017), *Cultura es nombre de derrota: cultura y poder en los espacios intermedios* (Sevilla, Delirio, 2018), *Puntos ciegos: conocimiento privado e ignorancia pública* (Madrid, Lengua de Trapo, 2019) y *Espacios de intimidad y cultura material* (Barcelona, Cátedra, 2020). Una primera versión de este trabajo se publicó en la página del Instituto de Estudios Culturales y Cambio Social: <<https://www.ieccs.es/2020/03/24/virus-y-mariposas/>>.

economía y el comercio mundial se trastornan, han desaparecido los viajes y la sociedad intercomunicada permanece solo a través de la conexión telemática. Los representantes de los gobiernos se apresuran a desarrollar una retórica épica de guerras y enemigos, pero no hay guerra ni enemigos. Es una pandemia producida por la vulnerabilidad de los cuerpos a los virus y la intensa socialidad que ha creado un mundo entrelazado por el transporte, el turismo y la metropolización. Ya está claro que se ha entrado en una crisis de dimensiones superiores a las de las grandes crisis económicas y comparable en sus consecuencias con las de las grandes guerras. La mitad de la población mundial confinada en un espacio físico, el de la casa; en uno emocional, el de la imaginación y el temor; y en un lugar oscuro de ignorancia e incertidumbre. Bajo esta condición parece haberse realizado por fin el sueño del neoliberalismo. Un amasijo de ARN y proteínas ha hecho por él lo que al mercado le costaba conseguir: confinar a la gente en una existencia en la que la sociedad parece haber desaparecido para que solamente malvivan individuos solitarios y familias solitarias.

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo ha sido posible esta conmoción? Aunque ha habido otras epidemias de virus en la historia contemporánea, como la «gripe española» de 1918 y la epidemia del parecido virus del SARS de 2003, lo excepcional de esta pandemia es que ha afectado a la misma fábrica del sistema socioeconómico contemporáneo que llamamos «globalización». La trama de dependencias entre lo informacional, lo económico, lo social y lo político se ha entretejido para generar efectos amplificadas. Se puede aplicar sin reservas la metáfora de la mariposa y del hu-

racán a la COVID-19. A medida que se ha creado una corteza tecnoeconómica planetaria de una densidad inusitada de relaciones de todo tipo (comerciales, financieras, militares, informacionales, geoestratégicas, tecnológicas), pareció en algún momento que la historia entendida como suma de contingencias había desaparecido bajo esta esfera trabada, lo que dio origen a las proclamas del fin de la historia y de la imposibilidad de imaginar el fin del capitalismo. Pero la contingencia y las estructuras firmes se entrelazan de formas extrañas. Hace poco más de cien años, en la época de un capitalismo financiero e imperialista aparentemente todopoderoso, una imprevista contingencia, la de un asesinato en Serbia, desencadenó la más mortífera de las guerras, que, a su vez, desencadenó la más promisoría de las revoluciones, el movimiento político más cruel de los nunca imaginados, otra segunda y más destructiva guerra..., y el mundo contemporáneo en el que han crecido varias generaciones. Aún es pronto para saber si nos encontramos en un punto de inflexión tan profundo como el que abrió el asesinato en Sarajevo del archiduque heredero. Lo que sí sabemos es que una pandemia ha sacudido el sistema entero de dependencias políticas, económicas, sociales, tecnológicas. La condición de globalidad que tiene la pandemia hace que el acontecimiento tenga un carácter insólito y singular, no comparable con ninguna otra cosa que haya ocurrido en la historia, fueran epidemias o guerras. Las interdependencias que han creado la sociedad red y el capitalismo informacional, puestas a prueba por esta conmoción, abren espacios de posibilidad mucho más amplios que los existentes antes de enero de 2020.

Los espacios de posibilidad son, como las respuestas del

oráculo, ambiguas y de interpretación contradictoria. Sería pretencioso anticipar cuál será la dirección de los cambios, y algunos intelectuales que se apresuraron a ello escribieron artículos que hoy posiblemente preferirían no haber hecho. Pese a todo, sería irresponsable dejar de pensar como si las exigencias intelectuales debieran limitarse a examinar con cuidado filológico lo que ya se ha escrito, como si solo en los rastros discursivos del pasado se encontrase todo lo que necesita el trabajo intelectual. Quizá lo más apasionante de esta tarea es la trama de perplejidades y paradojas que manifiesta la situación de un mundo conmovido por la pandemia.

La primera de las perplejidades: son muchas las voces que han declarado que esta catástrofe sanitaria se va a llevar por delante la globalización. Se basan en que la pandemia ha ampliado la fuerza de tendencias ya existentes, como las representadas por el populismo americano de Trump, el *brexít*, los neonacionalismos de derechas en Europa y otros fenómenos ya observables. Ahora, los cierres de fronteras y las clausuras del comercio parecen anunciar el final del mundo globalizado y la vuelta a Estados centrados en sus mercados y poderes propios. Pero simultáneamente observamos el fenómeno contrario: nunca se había producido una conciencia tan clara de las dependencias planetarias. Los países se cierran, pero acuden unos a otros a pedirse reacciones financieras, a compartir recursos sanitarios a toda velocidad, a cooperar, aunque sea en apariencia competitiva, a desarrollar respuestas comunes a través de la investigación. Nunca fue tan clara la necesidad de cooperación estratégica mundial. Asombra, pero no sorprende, que las multinacionales de inmenso poder financiero y

técnico hayan descubierto lo frágil de su reputación y se apresuren a dar mensajes de colaboración con los gobiernos y la sociedad. Es una situación paradójica que amplifica como nunca las potencialidades tensas que se habían establecido al compás de la interpenetración global.

Los que fueron llamados *movimientos antiglobalización* tuvieron clara esta paradoja desde sus inicios en los finales del siglo pasado. Ellos no se denominaron así; por el contrario, usaron términos de potencia global: *movimientos por la justicia global* o *movimientos altermundistas*. Combatieron y llamaron a la resistencia, sí, de los flujos descontrolados de capital, de los oligopolios de las grandes corporaciones, de las deslocalizaciones de manufacturas, de los tratados de libre comercio que, paradójicamente, servían para elevar muros entre Estados, intentando aislar las tierras prósperas de la irrupción de los exiliados por el hambre. Y, efectivamente, esta es la paradoja: que un mundo globalizado haya sido al mismo tiempo un mundo más lleno de muros y fronteras físicas, ideológicas y culturales. Este coronavirus es, en su ascenso a pandemia, un actante global. Los Estados fortaleza se apresuraron a alzar los muros, a cerrar las fronteras, a clausurar aeropuertos, pero el virus no pareció reconocer tales límites y en su rápida extensión ha desvelado cuán fatua era esa *hibris*. La desmesura del poder era, estrictamente, una incapacidad para medir los alcances del poder de los Estados para cumplir lo que los justificaba, servir y proteger a los ciudadanos. Y precisamente porque los muros de la seguridad se han derrumbado, se han puesto de manifiesto cuán fuertes son las dependencias y cuán débiles las pretensiones de aislamiento. Esta primera paradoja se asienta al fin y al cabo sobre una alter-

nativa que estará presente en el paisaje después de la batalla: neofeudalismo, impulsado por las fuerzas centrífugas que avanzan fractalmente por los territorios, sostenidas por las olas identitarias y supremacistas, o cosmopolitismo que recree lazos jurídicos, instituciones de control de los poderes, representaciones globales que caminen en la dirección de la justicia de los pueblos, la sostenibilidad del planeta y la cooperación.

La segunda de las perplejidades: el confinamiento en lo doméstico parecería ser el resultado último y final de la civilización neoliberal. La proclama de Margaret Thatcher de que no existían sociedades, solo individuos y familias, parece haberse convertido en una cruel realidad física. Se habla ya de una sociedad futura basada en el teletrabajo, lo que sería el sueño final del individualismo. Un Estado poderoso y una ciudadanía aislada y en continua competencia. Y, sin embargo, qué oleada mundial de sentimientos de hermandad y codependencia. La separación física en el ocasional encuentro en el supermercado se superpone a una conciencia cada vez más clara del cuidado que nos debemos unos a otros. Se hace visible como nunca la insolidaridad y el egoísmo de algunos, que produce una irritación moral nunca vista en la era del neoliberalismo. No sabemos qué deparará el futuro, pero ya está claro que la ideología neoliberal ha perdido una batalla cultural de la que le será difícil recuperarse. El neoliberalismo nació acompañado de un imaginario de libertad de una sociedad de emprendedores pequeños propietarios que organizaban su vida de acuerdo con sus posibilidades y obtenían de ella tanto como esfuerzo habían gastado en lograr lo que tenían. El Estado, en este imaginario, no era sino un mal necesario

que servía, en el mejor de los casos, para proteger la libertad de mercado y, en el peor, para mantener a una multitud de charlatanes y vagos con la cantinela de los servicios públicos. Fue un imaginario que logró saltarse casi todos los controles de lo común e instaurar una lógica de mercado en todos los aspectos de la existencia que pudo, incluyendo, quizá, sobre todo, la propia identidad convertida ahora en un fondo en el que había que invertir y que había que «vender» lo mejor posible. En las políticas públicas, introdujo la convicción de que cuanto más se «externalizara» o privatizase la gestión, más eficiencia y ahorro se lograría. En el dominio internacional, relajó todo tipo de políticas antimonopolistas, de control de flujos de capital, incluso animó a muchos gobiernos a usar los bancos *offshore* para todo tipo de pagos, sobornos y capitales; logró arrinconar a los sindicatos, convirtiéndolos en instituciones burocráticas especializadas en el cada vez menor sector público y en las pocas grandes empresas que aún mantenían convenios colectivos. Pero, sobre todo, obtuvo el mayor de los éxitos en su propuesta de educar las almas de los ciudadanos, convirtiéndolos en individuos.

¡Qué paradoja! Un coronavirus es un producto del darwinismo más ortodoxo. Ni siquiera un organismo, sino que, como una ideología, es un elemento activo que coloniza cuerpos para reproducirse. Es difícil resistirse a la comparación de la COVID-19 con la prédica del neoliberalismo: el mercado crea el paisaje de eficacia en el que sobreviven los más adaptados; el mercado se reproduce a sí mismo, extendiendo progresivamente su lógica al orden social, a las relaciones de intimidad y a los planes de vida. En ese universo, el imaginario es que los que sobreviven

son los más fuertes, las razas y las culturas más avanzadas y complejas. Pero no, en el mundo darwiniano, los más adaptativos puede que sean los parásitos, estructuras mínimas que no distinguen razas ni culturas, que llevan a la perfección la máxima del material genético egoísta: todo es un instrumento de reproducción propia. Como el mercado, el coronavirus avanza, despiadado, pero se autodestruye si el organismo que ha colonizado muere y no puede contaminar a otro organismo. La paradoja está en que la transparencia de la lógica de la pandemia ha sido tan despiadada que ha dejado inanes las fuerzas de los aparatos ideológicos neoliberales frente a la potencia de la verdadera adaptación darwiniana. La entrada en la unidad de cuidados intensivos del primer ministro británico, que había soñado con convertir el Reino Unido en un paraíso fiscal, una selva darwiniana, que había optado, coherente con su ideología, al comienzo de la crisis, por una política darwiniana de aceptar los muertos que fueran necesarios para la «inmunidad del rebaño», representa con sardónica ironía esta paradoja. Como en el cuento del rey en *El conde Lucanor*, el virus descubrió la desnudez de los Estados. Las miradas y las esperanzas se volvieron en pocos días a la parte de la población a la que abandonaba toda lógica individualista, a quienes literalmente ponían su cuerpo y sus vidas para salvar las de otros, a quienes estaban movidos por la cooperación y el deber antes que por el cálculo. Las metáforas biológicas también tienen doble significado y hemos descubierto que el apoyo mutuo, contradiciendo al neoliberalismo, había sido también una propiedad emergente y poderosa en la lucha contra los parásitos. Me atrevo a decir, quizá cediendo a la esperanza, que el día 11 de marzo de 2020, cuando

la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró la pandemia por COVID-19, el neoliberalismo entró también en la unidad de cuidados intensivos.

Cuántas veces se había anunciado el triunfo final de un capitalismo inhumano basado en la financiarización, la creciente desigualdad, la deslocalización y el dominio sobre la población con la terrible amenaza del paro estructural. Sorprende ahora que las voces más ortodoxas se apresuren a poner en marcha políticas contrarias a la austeridad, basadas incluso en remedos de una renta básica universal, que hayan aceptado tan deportivamente la pérdida de valores financieros y proclamen la reactivación de la economía real y el cuidado de los más débiles. Tampoco conocemos el futuro del capitalismo. Es posible que la crisis sea una oportunidad para que algunos compren a precio bajo para enriquecerse como los buitres del estraperlo de antibióticos después de la Segunda Guerra Mundial. Pero también es posible que esos fondos buitre que colonizaban los centros de las metrópolis expulsando a sus habitantes hacia viviendas cada vez más pequeñas, más lejanas, de peor condición y a precios más altos, hayan perdido por décadas sus beneficios. En un espacio político polarizado como nunca, las medidas están convergiendo hacia respuestas de protección social contra las que nació el neoliberalismo. En una sociedad progresivamente individualizada y aislada, el confinamiento está generando nuevas conciencias de solidaridad y vecindad. La pandemia dejará un paisaje desolado con grandes perdedores y, previsiblemente, mayor desigualdad, pero también habrá dejado abierta una nueva ventana de oportunidad. Nunca hasta ahora había sido posible imaginar un sistema mundial basado en otras bases econó-

micas que el capitalismo, ni ideológicas que el neoliberalismo. Ahora hay una posibilidad de plantear la transición ecológica como una transición sistémica. Si hubo un momento en el que fuera posible imaginar otro mundo, es ahora, cuando se han fracturado los discursos deterministas y el sentido de vulnerabilidad colectiva nos hace más sensibles a nuevas propuestas de un mundo reorganizado sobre la cooperación, el cuidado y la sostenibilidad.

La tercera de las perplejidades la suscita la ambivalencia con la que la ciencia ha entrado en nuestras vidas, en la esfera pública de los medios de comunicación y las redes y, en general, en la vida democrática, desde las decisiones de las autoridades a la controversia política. También aquí la tensión estaba presente en la misma arquitectura de las sociedades contemporáneas: la extensión y el poder de los medios de comunicación en el siglo pasado compitió con la creciente necesidad de conocimiento experto en casi la totalidad de la vida política y económica de las sociedades, inmersas en una competencia sin piedad por la ventaja tecnológica y cultural. En las décadas de la posguerra mundial y la Guerra Fría, la mayor influencia parecía estar del lado del conocimiento experto. En el lado este del Telón de Acero, Stalin y Mao se sentían seguros de la mano del materialismo dialéctico como concepción científica de la historia; en el lado oeste, las democracias capitalistas estaban cada vez más gobernadas por lo que Galbraith llamó la *tecnestructura*, una capa de poder y conocimiento experto científico, económico y militar. Las conmociones de los años sesenta y setenta trajeron la inestabilidad de esta aparente sumisión a una suerte de tecnocracia visionaria o científica. La posmodernidad como cultura política decla-

ró que la verdad no importa tanto como la creencia en qué es la verdad, y el conocimiento dejó paso al reino de la opinión. La prensa y la televisión se llenaron de opinadores y tertulianos, de páginas y columnas frívolas que nos enseñaban cómo pensar, cómo comer y cómo hacer el amor en vacaciones. En la política fueron ganando los técnicos en el control de la opinión. Las redes de activismo y militancia que sostenían los partidos dieron paso a las redes sociales de expresión de las emociones más reactivas. En la primera década de este siglo, la llamada *posverdad* se convirtió en el término que definía la vida diaria y la gobernanza política. Los comités de expertos técnicos fueron despedidos para que ocupasen las salas una nueva clase de raspoutines expertos en intuiciones, en captar la opinión o directamente en manipularla.

El virus nos encontró en la ignorancia. Las llamadas a la prudencia que habían hecho los movimientos ecologistas y las comunidades científicas sobre los peligros inminentes que amenazaban una civilización organizada sobre el negacionismo y la ignorancia voluntaria cayeron en el vacío, salvo acaso en el sótano de la conciencia para producir un pequeño malestar, como el de una digestión pesada. Cambio climático y pandemia. Todo a la vez. La reacción de la esfera pública y la de los profesionales de la política fue de sorpresa. En una primera oleada, el término *ciencia* llenó las páginas, las pantallas, los discursos. En una segunda oleada, periodistas, opinadores, políticos ya se habían convertido en expertos en interpretar a los expertos, en técnicos en interpretar complejos modelos matemáticos que no entendían, pero cuyos resultados estaban bien representados en escalas «logarítmicas», que cada mañana nos explicaban

las primeras páginas de los periódicos. A la ansiedad por la fama televisiva o mediática le había sucedido una suerte de *angst* epistémica, de necesidad de saber y de ser reconocido como conocedor. Quién no expresó en su momento la opinión firme y contundente sobre lo que tendrían que haber hecho los gobiernos dado lo «que se sabía».

Nuestras sociedades del conocimiento, paradójicamente, se han convertido en sociedades de la ignorancia. Como en las inundaciones, en las que el agua es lo primero que falta, en las sociedades de la información, el conocimiento es lo primero en escasear. La red social que hace posible el conocimiento experto y científico permanece generalmente en los entornos subordinados del poder político y económico. Exceptuando algunos ingenieros y científicos gestores, las comunidades científicas se dedican a investigar y publicar o a investigar y no publicar si trabajan en laboratorios de grandes empresas multinacionales. Su trabajo suele ser lento, tedioso y poco compensado económicamente. Sus conclusiones suelen ser dubitativas y necesitan siempre más recursos para seguir produciendo dudas, advertencias y, ocasionalmente, vacunas efectivas. Demasiado poco para una sociedad con necesidades urgentes de certezas. La sociedad del conocimiento ha descubierto que ignoraba muchas cosas, entre ellas, la primera, qué hacer cuando no se sabe, o se sabe que no se sabe. Acostumbrada al autoelogio descubre de pronto que no sabía que no sabía.

Pero, si ignoraba el conocimiento necesario para organizar un mundo complejo sometido a una pandemia que se extendía velozmente debido precisamente a la complejidad, también otras zonas del saber habían quedado en la oscuridad. Un saber cotidiano no menos necesario. Hay

una epistemología profunda que tienen en común Trump, Bolsonaro, Johnson, con tantas otras formas de política inspiradas por el neoliberalismo, aprendidas en la experiencia de los negocios: es la comprensión del mundo en términos de daño económico, de caída de tasas de crecimiento o de volumen de beneficios en lo actual, y de incertidumbres y expectativas en lo imaginario. El sufrimiento humano, en su vasta heterogeneidad, queda fuera de esa lógica. La muerte en soledad, el hambre de una familia sin recursos, sin recursos siquiera para comunicar su falta de recursos, la desolación de quien ha perdido con su pequeña empresa su plan de vida, la incapacidad de la madre soltera en una pequeña vivienda para hacerse cargo de los niños, de su trabajo y de su propia vida..., todas estas cadenas de sufrimiento quedan fuera de una lógica del cálculo, no pueden encontrarse equivalencias, y no pueden hallarse por ello modos de darles entrada en un libro de registros de costes y beneficios. De ahí las continuas contradicciones, las diarias variaciones de opinión, las irritaciones contra cualquier discurso experto o político que se base en otra cosa que la lógica del daño al beneficio. Quizá hemos necesitado la irrupción de la naturaleza para entender que la humanidad vive en dos realidades: en la que existe el cuerpo, la mente y el sufrimiento, y en la que existe esa extraña fuerza que llamamos mercancía y que todo lo iguala, desde las cosas a la imaginación. Por eso entienden que toda medida orientada al sufrimiento es *irrealista*. Hay una especie de división del trabajo hermenéutico que tiene consecuencias políticas. Mientras que se exige a quienes padecen la crisis que imaginen y entiendan las dificultades de la empresa, no importa políticamente imaginar el sufrimiento de los de abajo.

En el ojo del huracán de la crisis, la tensión entre democracia y conocimiento ha vuelto como periódicamente vuelven a la escena las tragedias griegas. Al fin y al cabo, Sócrates fue condenado por el tribunal emanado de la asamblea griega por predicar entre los hijos de los patricios que el gobierno debería estar en manos de los más preparados y no del populacho. La asamblea ateniense tenía sus propias opiniones sobre quiénes eran los más preparados. Estaba acostumbrada a decidir los nombres de los estrategos que habrían de dirigir la flota, o de los arquitectos que debían encargarse de construir puertos en las colonias o murallas en la polis. La tensión fue constitutiva de la frágil democracia ateniense que, sin embargo, fue hegemónica en el Mediterráneo durante trescientos años y siguió siendo hegemónica culturalmente por el resto de la historia occidental. En ningún lugar como Atenas y sus colonias, durante la hegemonía, o sus áreas de influencia cultural en el helenismo, se llegó a apreciar tanto el conocimiento científico. Allí nacieron las instituciones de trabajo lento, concienzudo, comunitario, que llamamos ciencia y filosofía. En ningún lugar como en ellas, tampoco, se discutió tanto su posición clave en la polis sin dejar que los filósofos aspirasen a ser reyes. Las sociedades pospandemia están en tensión y deberán navegar entre el Caribdis de la vuelta a una sociedad de opinadores y tertulianos, y la Escila de una tecnocracia.